

Leadership Conference of Women Religious
2025 Annual Assembly – Atlanta, Georgia
James Martin, SJ

“Sal Fuera”

Jesús, Lázaro, Marta, María y el futuro de las mujeres religiosas en Estados Unidos

En primer lugar, es un placer estar aquí con ustedes. Como suele suceder, estaba a punto de no asistir y tenía pensado dar esta charla de forma virtual, debido a motivos familiares: recientemente, a mi madre le han diagnosticado demencia, lo que implica pasar más tiempo con ella y menos tiempo viajando.

Ahora bien, estoy seguro de que esa situación les resulta desconocida. Estoy seguro de que ninguna de ustedes se ha preocupado nunca por alguien cercano que esté envejeciendo, ¿verdad? Y estoy seguro de que ustedes mismas no han tenido que preocuparse por el envejecimiento, ¿verdad? Yo desde luego que no. ¡Yo no! No estoy envejeciendo, ni tampoco ninguno de los jesuitas con los que vivo y trabajo. De hecho, ¡solo estamos rejuveneciendo!

Por supuesto, estoy bromeando. Al igual que mi madre y ustedes, estoy envejeciendo y pertenezco a una orden religiosa que, aunque cada año recibimos nuevas vocaciones, está envejeciendo, al menos en Estados Unidos. Ahora bien, esto no aplica para todas las órdenes religiosas: algunas de las más tradicionales en Estados Unidos están experimentando un auge de vocaciones; y, por supuesto, en el extranjero, sobretodo en los países en desarrollo, muchas órdenes, tanto masculinas como femeninas, están creciendo exponencialmente. Estoy segura de que la hermana Brambilla podría contar muchas anécdotas al respecto. Sin embargo, muchas órdenes no están creciendo.

Así que estoy con ustedes tanto en espíritu como presencialmente. Ahora, antes de continuar, quiero hacer algunos comentarios. En primer lugar, las hermanas católicas son mis heroínas. Quizás no necesiten oírlo, pero es verdad. Ahora bien, a diferencia de muchos católicos de mi edad, yo no fui a escuelas católicas hasta que ingresé con los Jesuitas. Aunque las Hermanas de San José de Chestnut Hill me enseñaron ERC (perdón: catecismo) los domingos después de la misa en los suburbios de Filadelfia. Y uno de mis primeros recuerdos es el de la hermana Margaret Mary escribiendo una enorme letra «O» en la pizarra para comenzar nuestra lección sobre el acto de contrición. «Oh, Dios mío...». Además, tengo que disculparme, porque yo era uno de esos niños de colegio público que rebuscaban en los pupitres de los alumnos del colegio católico los domingos por la mañana, porque... ¿por qué no?

Pero no fue hasta que ingresé con los jesuitas, a los 27 años, cuando llegué a conocer, comprender e incluso venerar a las hermanas católicas. Una de las primeras presentaciones que tuvimos en nuestro noviciado en Boston, para ayudarnos a comprender las diferentes vocaciones en la Iglesia, fue la de la hermana Maureen Clarke, una CSJ de Springfield, Massachusetts, que era capellana católica en una prisión cercana. No puedo expresar lo impresionado que quedé. Tenía muy poco contacto con mujeres religiosas, así que pensé: «¿Es una hermana católica?», lo cual me abrió la mente sobre quiénes eran las mujeres religiosas en Estados Unidos.

Durante los dos años de noviciado, aprendimos no solo sobre las hermanas católicas de mucho tiempo atrás, sino también sobre otras más de nuestra época, como las cuatro religiosas que fueron martirizadas en El Salvador pocos años antes de que yo ingresara con los Jesuitas.

Luego, durante los siguientes diez años de mi formación, las mujeres religiosas se convirtieron en mis directoras espirituales, esa es la hermana Maddie Tiberii, CSJ), mis profesoras (esas son la hermana Janice Farnham, RJM, y la hermana Meg Guider, OSF, mis modelos a seguir (esa es la hermana Helen Prejean, CSJ), mis mentoras y amigas. Han sido desinteresadas, pobres, obedientes, trabajadoras, castas, amorosas, proféticas y magníficas, así que, ¡gracias!.

No obstante sé que, como sucede con tantos religiosos y religiosas, muchas de ustedes se enfrentan a la realidad del cierre de apostolados, la consolidación de órdenes, la muerte de hermanas, el descenso de las vocaciones e incluso comunidades que están discerniendo lo que las Hermanas de la Caridad de Nueva York han llamado «el camino hacia la consumación». Al mismo tiempo, las mujeres religiosas siguen estando a la vanguardia de la educación católica, el trabajo pastoral, la justicia social, la dirección espiritual y, además, cada año inician todo tipo de ministerios y nuevas iniciativas. Y, como he dicho, algunas órdenes se están expandiendo. Tanto los católicos como los no católicos siguen mirando hacia ustedes en busca de liderazgo moral. Entonces, ¿dónde está Dios en todo esto?

En mis oraciones y en mis conversaciones con el equipo de la LCWR y otras mujeres religiosas, pensé que podría utilizar un marco bíblico para nuestras reflexiones. Por cierto, soy consciente de la incongruencia de que un sacerdote dé consejos a las hermanas. Un hombre dando consejos a mujeres, una vez más en la Iglesia. Aunque espero que lo vean como una recompensa por las gracias que las hermanas me han dado en mi vida.

Inicialmente pensé en ofrecer una reflexión sobre la Anunciación y cómo María dice «sí» a un futuro incierto en medio de su complicada y plena vida humana. Pero pensé que en todos sus años como mujeres religiosas, y algunas de ustedes procedentes de congregaciones de espiritualidad mariana, probablemente ya lo habrían oído todo antes.

Así que pensé en ofrecerles algo de mi propia historia, en cierto sentido, una reflexión sobre la historia de la resurrección de Lázaro tal y como se relata en el Evangelio de Juan. Algunas de ustedes sabrán que ese es el tema de mi último libro, pero no pretendo hacerle publicidad. Más bien, Lázaro siguió apareciendo como un marco de referencia para entender hacia dónde nos puede estar llevando Dios. Así que se los comparto como compañero cristiano, compañero católico y compañero religioso, pero también como miembro de una orden religiosa que se enfrenta a algunos de los mismos retos y oportunidades que las congregaciones de mujeres.

Pensemos en esta historia del Evangelio de Juan, que sin duda conocen. Es una historia sobre el amor, la enfermedad, la muerte, el duelo, la honestidad, la franqueza, la incertidumbre y, en última instancia, la nueva vida.
¿Qué nos puede enseñar?

En primer lugar, nos enseña el amor. Esta historia trata principalmente del amor, la fuente y el fundamento de todas nuestras órdenes religiosas y el comienzo de todas nuestras vocaciones individuales. Cuando Marta y María envían un mensaje a Jesús para decirle que su hermano Lázaro está enfermo, no dicen: «Lázaro, nuestro hermano, está enfermo», como cabría esperar. Tampoco dicen: «Lázaro, tu discípulo, está enfermo». Ni siquiera lo que esperarías ver en el Nuevo Testamento: «Lázaro de Betania está enfermo». Dicen algo más importante: «Aquel a quien amas está enfermo». En griego es *hon phileis*.

Esta es la base de todas nuestras vocaciones, todas nuestras comunidades, todos nuestros ministerios y todos nuestros futuros. Nuestros fundadores y fundadoras todos se han enamorado de Jesús y, de alguna manera, todos nosotros también. No me refiero a ello en sentido estrictamente místico, como Santa Catalina de Siena, que contrajo matrimonio místico con Jesús, o Santa Teresa de Ávila, que se desmayaba en éxtasis, al menos según lo representaba Bernini. No, me refiero a que todos nos sentimos atraídos por la persona de Jesús, hemos pasado tiempo con él en oración (y tal vez hemos tenido algunos momentos místicos), hemos estudiado los Evangelios, lo hemos encontrado en los sacramentos, en aquellos a quienes conocemos y hemos vivido nuestras vidas para servirle. Y como dijo San Ignacio: «El amor se ha de poner más en las obras que en las palabras». El amor a Jesús afianza todo lo que hacemos.

Aún más importante es saber que Él *nos* ama. Observen que Marta y María no llaman a Lázaro «el que *te* ama», sino «aquel a quien *tú* amas». Todo esto comienza con el amor de Jesús por *nosotros*, que lo hemos experimentado de muchas maneras. Por lo tanto, debemos comenzar con eso en cualquier discusión y confiar en el conocimiento seguro y cierto de su amor por todos nosotros, incluso cuando las cosas parecen confusas, como les sucedió a Marta y María.

Después de que las hermanas envían un mensaje a Jesús sobre la enfermedad de su hermano, ocurre algo sorprendente, quizás incluso confuso. Juan escribe: «A pesar de eso, aunque Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro, cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, permaneció dos días más en el lugar donde se encontraba». ¿A pesar de eso? Bueno, al menos se nos dice que los amaba, pero su demora y su aparente indiferencia plantean la pregunta: «¿Dónde estás, Jesús?» o, «¿Qué estás haciendo?».

A menudo escuchamos esa pregunta resonar en nuestro corazón. Hace unas semanas, me enteré de que dos jesuitas que conozco fueron apartados del ministerio por abusos sexuales. Y pensé: «¡Oh, no! No otra vez. Qué tragedia para todos. Jesús, ¿dónde estás?». Y lo que es más importante: «¿Dónde estabas?». De una manera menos dramática, podemos preguntarnos por qué ya no hay tantas vocaciones, por qué mueren tantos amigos y por qué cierran nuestros amados lugares. Hace solo unas semanas me enteré de que una de mis casas de retiro favoritas, el Linwood Spiritual Center, en Rhinebeck, Nueva York, dirigida por las Hermanas de Santa Úrsula, va a cerrar. Es una gran tristeza. Y podemos preguntarnos: Jesús, ¿dónde estás? Las hermanas no lo entienden. Me refiero a Marta y María. Y las hermanas católicas, así como los hombres religiosos y muchos otros, tampoco lo entienden. Ahora bien, como he dicho, no es el caso de todas las hermanas ni de todas las órdenes, pero sí lo es para muchos.

Sin embargo, lo que quiero destacar aquí es el desconocimiento fundamental de los planes de Dios. «¿Por qué está pasando esto?» es una pregunta que, por ahora, no tiene respuesta. Los

estudiosos del Nuevo Testamento dicen que el retraso de Jesús en acudir en ayuda de Lázaro puede atribuirse a varias cosas: esperar el número de días necesarios para que el alma abandone el cuerpo; o la idea de que Jesús iba a dar a Lázaro algo mejor que la sanación; pero principalmente la independencia de Jesús. Jesús irá cuando vaya. Dios hace lo que Dios hace. Pero, como veremos más adelante, las hermanas son muy francas con sus sentimientos sobre el hecho de que él no haya aparecido.

Ahora bien, cuando los discípulos se enteran de la muerte de Lázaro, se sienten confundidos. Jesús dice que Lázaro «se ha dormido» y que va a despertarlo. Pero los discípulos lo malinterpretan, como suelen hacer en Juan, y piensan que se refiere a un sueño normal y dicen: «Estará bien». A menudo, en el Evangelio de Juan, si alguien dice que sabe, no sabe, y si alguien dice que ve, no ve. Por eso Jesús es franco con ellos, como tiene que serlo con nosotros. Les dice: «Lázaro está muerto».

Esta es una reflexión importante. Algunas cosas se han ido. En mi propia provincia jesuita, solo en los últimos años, hemos vendido varias casas de retiro, que durante décadas proporcionaron atención espiritual a miles de personas y eran muy queridas no solo por los participantes en los retiros, sino también por los jesuitas. Cerramos el Campion Renewal Center en Weston, Massachusetts; vendimos la Casa de Retiro Manresa en Staten Island, la Casa de Retiro San Ignacio en Long Island y el Centro Espiritual Jesuita en Wernersville, Pensilvania, que, para hacerlo aún más doloroso, era el noviciado de la antigua provincia de Maryland. Y si este dolor no fuera poco, los donantes, Nicholas y Genevieve Brady, estaban enterrados allí. Así que tuvimos que exhumar sus cuerpos del edificio que ellos construyeron para nosotros y volver a enterrarlos en el cementerio jesuita. Todo esto es muy doloroso».

Sin embargo todos tenemos que afrontarlo. Al igual que los Brady, que llevaron una vida generosa, y como Lázaro, que era amado por sus hermanas, algunas cosas mueren. Es importante reconocerlo, estar agradecidos por lo que sucedió, pasar por el duelo y aceptarlo. Amamos a algunos ministerios, casas, acontecimientos y personas, pues han sido parte de nuestras vidas, todos los responsables de lo que hoy somos y que contribuyeron a la Iglesia han fallecido. «Lázaro ha muerto». Como ustedes saben mejor que yo, es necesario celebrar lo que ha sucedido, saborearlo y luego entregarlo a Dios.

Una vez le pregunté a mi amiga, la hermana Janice Farnham, religiosa de Jesús y María, cómo se sentía ante el fin de algunos apostolados e incluso de algunas congregaciones de mujeres religiosas. «Bueno», me respondió, «es como la vida de una persona. Venimos a este mundo, hacemos lo que Dios nos pide y luego lo abandonamos. En cierto sentido, es una progresión natural». La muerte es parte de la vida y parte de la vida religiosa, tanto individual como colectivamente.

Pero eso, como ustedes saben, no es el final de la historia. Antes de que Jesús dé nueva vida a Lázaro, hay que expresar las emociones. Cuando Jesús llega finalmente a Betania, Marta y María lo reciben y le manifiestan su sentir.

Ahora bien, en el Evangelio de Juan, los personajes de Marta y María están sorprendentemente *vivos*. Y, curiosamente, sus personalidades reflejan la historia que se cuenta sobre ellas en el

Evangelio de Lucas, cuando Jesús visita su casa en Betania y Marta se queja ante Jesús de que su hermana no la está ayudando. La mayoría de las representaciones visuales de esta narración muestran a Marta preparando la comida; pero Lucas dice que Marta se queja de que no está cocinando todo, sino toda la *diakonia*, el ministerio o el servicio. La estudiosa del Nuevo Testamento Amy-Jill Levine me dijo que una de las razones por las que tradicionalmente hemos relegado a Marta a «pelar patatas», como ella dice, es que nos incomoda la asociación de Marta con *la diakonia*, de donde proviene la palabra diácono.

Pero Marta no tiene miedo de ser franca con Jesús: «Dile, pues, que me ayude», dice en su casa. Por cierto, estamos en *su* casa, no en la de Lázaro. Y luego, cuando Jesús finalmente llega a la tumba de Lázaro después de varios días de retraso —imaginemos lo angustiante que debe haber sido esperar su llegada, como nosotros esperamos un cambio que nunca llega—, ella es sincera con él. «Señor», le dice (), «si hubieras estado aquí, nuestro hermano no habría muerto».

¿Cómo puede Marta ser tan atrávida, tanto en su casa, en un momento de relativa calma, como en la tumba de su hermano, en un momento de tensión? Bueno, ella conoce a Jesús. Solo podemos ser tan sinceros con las personas que conocemos. Hace unos años, cuando fui elegido delegado para el Sínodo de los Obispos, alguien me dijo: «¡Tienes que decirle esto y aquello al papa Francisco!». Y me lo demostró moviendo los dedos. Yo le respondí: «¡Yo no le hablo así al Papa!». Pero he visto a otras personas hablarle así. Personas que lo conocían bien. Marta y María podían ser sinceras con Jesús acerca de sus sentimientos porque lo conocían. Es una invitación para todos nosotros a ser sinceros con Dios acerca del dolor, la muerte y la pérdida. Y también acerca de nuestras esperanzas para el futuro. Porque Marta también dice que sabe que Dios le dará a Jesús todo lo que le pida.

Cuando Jesús le pregunta dónde yace su hermano, ella responde: «Ven y lo verás». ¡Qué invitación tan poderosa! Marta utiliza con Jesús las mismas palabras que él utilizó con sus discípulos al comienzo de su ministerio público. A veces, en nuestras oraciones, tenemos que invitar a Jesús a ver algo. Entra en mi vida y mira lo que estoy experimentando. Déjame llevarte allí.

Cuando Jesús llega al sepulcro, llora. Es una de las frases más famosas de los Evangelios: «Jesús lloró». A menudo se interpreta como una muestra de su tristeza por Lázaro y como un signo de su humanidad. Y así es. Pero los estudiosos del Nuevo Testamento señalan que las palabras utilizadas en griego no expresan tanto tristeza como ira. Al parecer, ¿Jesús está enfadado? ¿Por qué? Bueno, tal vez por el mero hecho de la muerte, tal vez por lo que sabe que va a suceder (es decir, que la resurrección conducirá a su crucifixión), pero principalmente, según los estudiosos, por la falta de fe de la gente en que él pueda hacer algo extraordinario. ¿Alguna vez te has preguntado si Dios se frustra por nosotros dudar sobre lo que puede hacer por nosotros?

Luego dice algo extraño. «Quiten la piedra», dice. ¡Qué raro! ¿Por qué no podía aparecer Lázaro así tal cual? Mi impresión es que Jesús está pidiendo a la multitud que participe en el milagro, en la liberación, del mismo modo que se nos invita a ayudar a hacerlo con nuestros amigos, nuestras hermanas, nuestros hermanos. ¿Cuáles son las piedras que impiden que nuestras hermanas y nuestras órdenes sean más libres? ¿Qué nos impide ver la luz? ¿Dónde están las piedras en

nuestras congregaciones?

Aunque Marta está concentrada en otra cosa. Cuando Jesús le pide que quite la piedra, ella dice que habrá mal olor. Como muchos de nosotros, Marta se centra en lo práctico, en lo racional, en los hechos. Todavía no puede ver que Jesús tiene algo más reservado para ella. Fíjense también que Jesús no está preocupado por mirar dentro del sepulcro. No le preocupa mirar la parte de nuestras vidas que parecen estar podridas, malolientes o incluso muertas. No le preocupa nuestra confusión, nuestras dudas o nuestros miedos. Está dispuesto a mirar eso con nosotros. No le da miedo el hedor, por eso le pregunta a Marta: «¿No crees en mí?».

Marta cree, como todos nosotros creemos, incluso ante las dificultades. Ella dice antes: «Yo sé que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que ha de venir». Sin embargo, Jesús es aún más de lo que Marta puede imaginar, como el Mesías. Y como recompensa no solo por su fe, sino también por su honestidad, le revela quién es: «Yo soy la resurrección y la vida».

Aquí es donde muchos de nosotros nos encontramos en nuestras vidas como religiosos y en nuestras comunidades. Temerosos de la oscuridad dentro de la tumba. Al mismo tiempo, seguimos creyendo, seguimos esperando, sabiendo que Jesús está siempre con nosotros. Y nos preguntamos qué va a pasar. Cuando a mi padre le diagnosticaron cáncer y le confesé a mi amiga, la hermana Janice Farnham, que no sabía si iba a ser capaz de soportarlo, ella me dijo: «¿Puedes entregarte al futuro que Dios tiene reservado para ti?». Esta es nuestra invitación, independientemente de la congregación a la que pertenezcamos.

Ahora, en el momento culminante de la historia, Jesús pronuncia sus famosas palabras: «¡Sal de allí!». Y aquí me gustaría analizar esta historia desde el punto de vista de Lázaro y preguntarnos qué tiene que ver esto con la vida religiosa.

En primer lugar, lo que esta historia nos ofrece es la invitación a dejar atrás en nuestras tumbas todo lo que nos frena y nos mantiene atados o sin libertad. Se nos invita a preguntarnos: ¿Qué nos impide escuchar la voz de Dios en nuestras vidas, en nuestras congregaciones, en nuestras comunidades? ¿Es el miedo al cambio? ¿El miedo a que nos consideren poco importantes? ¿El miedo a haber tomado decisiones equivocadas? ¿Es el miedo a dejar algo atrás? ¿Incluso el miedo a la muerte física? ¿Podemos dejar todos esos miedos, preocupaciones y remordimientos en la tumba? ¿Tenemos resentimientos, rencores o decepciones? ¿Podremos dejarlos atrás? ¿Qué necesitamos dejar atrás para escuchar a Dios llamándonos a una nueva vida sorprendente?

En segundo lugar, quiero compartir una reflexión que me hizo una mujer durante una charla por Zoom sobre mi libro. Me dijo que Lázaro, que fue resucitado de entre los muertos, mientras yacía en su tumba, tuvo que decidir hacer algo que nadie más había tenido que hacer jamás. Y ahí es donde nos encontramos hoy como religiosos y religiosas, seamos jóvenes o mayores, sea que nuestras comunidades estén creciendo o disminuyendo, sea que se estén iniciando o avanzando hacia su culminación. ¿Qué quiero decir con esto?

Cada uno de nosotros, como individuos, y cada una de nuestras congregaciones, tenemos nuestra propia constelación única de alegrías, esperanzas, penas y ansiedades. Todos los que estamos aquí tenemos nuestros propios problemas: físicos, emocionales, mentales e incluso espirituales.

Y todos tenemos nuestros propios dones y gracias: talentos, habilidades, esperanzas y planes. Por eso es fácil sentir que nadie nos entiende. Nadie tiene exactamente los mismos problemas y oportunidades. Por eso es fácil decir: «No puedo hacerlo». Pero esa era precisamente la situación de Lázaro: nadie más había tenido que hacer lo que él tenía que hacer. Por eso tuvo que decir: «Puedo hacerlo». Y aquí está la clave: ¿qué le permitió responder a esa invitación e? Precisamente esto: sabía quién le estaba llamando.

Lázaro no sale de su tumba porque cree que es una buena idea, ni porque algún comité le ha dicho que debe hacerlo, ni porque ha leído un libro sobre superación personal. Lázaro sale de la tumba porque sabe quién le llama. Lázaro es capaz de decir «sí» a esa voz porque la *conoce*. Se levanta respondiendo a una *persona*. Al igual que Marta y María, que conocían bien a Jesús, Lázaro confiaba en el amor de Jesús. Esto es lo que nos permite continuar con nuestras propias vidas y con el discernimiento en comunidad: el saber quién nos llama: Jesús.

Lázaro sale, atado de pies y manos con sus ropas funerarias. Fíjense en que las lleva puestas, mientras que las ropas funerarias de Jesús están enrolladas y permanecen en la tumba. ¿Por qué? Porque Lázaro las volverá a necesitar; Jesús no. Y cuando sale de la tumba, Jesús dice: «Desatadle y dejadle ir». Una vez más, se trata de una invitación a la multitud para que participe en la liberación. ¿Dónde puedes ayudar a las personas de tu comunidad a ser libres? ¿Cómo puedes ayudar a desatar esos sudarios? El paso hacia una nueva vida viene de Dios, pero a veces necesitamos personas que vean que hemos resucitado y nos ayuden a quitarnos los sudarios.

¿Cómo es la nueva vida para Lázaro? Bueno, él no lo sabe, nosotros tampoco. Pero consideremos algunas posibilidades, basándonos en las tres personas de nuestra historia que se encuentran con Jesús.

Al igual que Marta en esta historia, ¿podemos dejar de centrarnos en el hedor, y más bien en la promesa de una nueva vida? Y, como en el Evangelio de Lucas, ¿podemos estar abiertos al desafío de Jesús sobre cómo empleamos nuestro tiempo? ¿Sobre lo que estamos haciendo? Marta está trabajando árdamente en su casa, pero está haciendo lo incorrecto en ese momento concreto.

Entonces, ¿qué se nos invita a hacer ahora, con base en los signos de los tiempos? Permítanme sugerir algunas cosas. Como todos sabemos, los jóvenes desean que hayan cambios en la iglesia, y es más hacia lo tradicional. No es el caso de todos, pero, como saben, en general, muchos jóvenes católicos buscan devociones más tradicionales, como la adoración del Santísimo Sacramento, la devoción a santos modernos como Carlo Acutis y Piergiorgio Frassati, y liturgias más tradicionales. En esta audiencia hay cientos de mujeres que han dedicado su vida a la docencia, a aconsejar y acompañar a los jóvenes. Todas ustedes se han tomado en serio su propia relación con Dios. Entonces, ¿pueden ustedes encontrarse con estos jóvenes dondequiera que estén, acompañarlos y luego ayudarlos en su relación con Dios?

Del mismo modo, muchos jóvenes desean profundamente sentir que forman parte de una comunidad. Lo vimos la semana pasada en Roma, con el Jubileo de los Jóvenes. ¿Qué puede enseñarles nuestra experiencia sobre la comunidad, no solo la que nos han transmitido nuestros fundadores y fundadoras, sino también la que hemos vivido nosotros mismos? Hay mucha sabiduría en ello.

En otras palabras, ¿estamos ocupados con muchas cosas, pero no con las correctas? ¿Qué hacemos a lo largo del día como líderes de congregaciones, organizaciones, y ministerios? ¿Estamos dedicados a la labor del Evangelio, a construir relaciones, a tender puentes, libres de la necesidad de sentirnos gratificados por haber hecho algo que otros pueden ver, y libres incluso de la necesidad de la aprobación de los lugares conocidos?

Una hermana sugirió lo siguiente: ¿Y si lleváramos un «diario de Marta» y anotáramos las tareas que ocupan nuestras horas? ¿Cómo reflejaría lo que hacemos la invitación que Jesús nos ofrece hoy? ¿Cómo estamos llamados a identificar la labor de estos tiempos, que se basa en los signos de los tiempos, signos que son diferentes de los de hace tan solo unos años? ¿Y si viéramos nuestras comunidades como redes de Marthas que se ayudan mutuamente a ver cuándo nos alejamos del trabajo del Evangelio, incluso cuando estamos ocupadas con muchas cosas buenas?

En resumen, Marta nos pregunta: ¿cuál es nuestro llamado a la acción?

Al igual que María, ¿podemos crecer con libertad interior para confiar más plenamente en Jesús y ofrecer al mundo y a los demás una presencia contemplativa? Fíjense en que, en la historia de Lázaro, María no sale corriendo a ver a Jesús cuando llega. Espera a que Jesús la llame. María está libre de la necesidad de hacer, hacer y hacer, y en cambio escucha. Además, María hace algo que probablemente molesta a Marta: espera. Entonces, ¿dónde están los lugares en los que necesitamos dar un paso atrás, orar y escuchar más, e incluso a riesgo de no saber inicialmente qué hacer?

En resumen, María nos pregunta: ¿cómo estamos llamados a orar y discernir?

Finalmente, como Lázaro, ¿podemos dejar ir todo lo que nos impide ser libres? Todas las formas en que nos hemos acostumbrado a vivir, pensar, amar, orar, trabajar, servir, crear, responder, y dejar esos sudarios en la tumba, sabiendo que la muerte nunca tiene la última palabra, que con Dios todo es posible, que este cambio de era en el que nos encontramos es donde Dios nos necesita y que la tierra desconocida del «no saber» ya no nos deja vacilantes o tímidos.

Una de mis citas favoritas sobre este tema es del antiguo Superior General de la Sociedad de Jesús, Siervo de Dios, Pedro Arrupe, SJ. Y se refiere a ese tipo de libertad, que en realidad es sobre la conversión:

«La conversión no es renunciar a algo que podemos permitirnos perder. Es mucho más profunda que eso. Es despojarse de algo que somos: nuestro antiguo yo con sus prejuicios, convicciones, actitudes, valores, formas de pensar y actuar, hábitos tan humanos y tan mundanos que se han convertido en parte de nosotros mismos, que nos resulta angustiioso incluso pensar en separarnos de ellos, y que, sin embargo, son precisamente lo que nos impide interpretar correctamente los signos de los tiempos, ver la vida con serenidad y verla en su totalidad».

En resumen, Lázaro nos pregunta: ¿a qué estamos llamados a ser?

¿Podemos decir sí a Dios, como Lázaro, confiando plenamente en el futuro porque estamos seguros de quién nos llama? Porque la invitación que se nos hace a todos, como religiosos y religiosas, como católicos y cristianos, es, en efecto, cada día de nuestra vida, escuchar la voz de Jesús: «Sal Fuera».